

# La casa de los otros

Por Leonardo Padura y Lucía López Coll

Ni siquiera el familiar golpeteo de las chavetas sobre las mesas de trabajo pudo sacar a Elsa de sus ensoñaciones. A pesar de que siempre disfrutó la antigua tradición que permitía a los tabaqueros, mientras trabajaban, escuchar la lectura de noticias y obras de la literatura universal, a cargo de un lector profesional, de un tiempo a esta parte la mujer no lograba concentrarse en las increíbles peripecias de los Buendía, y especialmente en las de aquella Remedios la Bella, junto a la cual habría levitado con gusto si eso le hubiera posibilitado escapar de una vez y para siempre de su propia vida.

Porque en días como aquel, Elsa se sentía incapaz de soportar por un minuto más su chata vida de torcedora de tabaco, a su marido abocado al alcoholismo y, aunque le costaba reconocerlo, a sus propios hijos que a veces la empujaban al borde de la desesperación con sus reclamos: "¡Mamá quiero estirarme el pelo, cómprame un Playstation, unos jeans de los que se usan ahora!".

Por eso no podía evitar que, mientras extendía sobre sus muslos morenos las delicadas hojas de tabaco, su imaginación la llevara lejos de su rutinaria existencia, la liberara del sobresalto y el miedo que la invadía cuando necesitaba sacar de la fábrica, de manera clandestina y a todo riesgo, los puros habanos que luego le vendería al "punto" encargado de colocarlos en el mercado negro. Porque, con su miserable salario, en realidad dependía de ese dinero mal habido para mantener a su familia.

Pero más que todo, Elsa estaba harta de su casa.

Desde que se fue a vivir con Manolo en aquel cuartico de una antigua mansión del céntrico barrio de El Vedado, ahora convertida en solar –aunque el eufemismo estatal la calificara de "vivienda multifamiliar"–, la mujer no había dejado de soñar un sólo día con tener alguna vez una vivienda decente. Nada de grandes lujos ni refinamientos: se conformaba con un espacio suficiente

para acomodar a toda su familia y, sobre todo, donde no tuviera que compartir el baño con otras familias.

Aunque sabía que las posibilidades de convertir esa quimera en realidad eran aún más remotas que ganarse la lotería (y eso que a veces apostaba algunos pesitos, a pesar de la prohibición oficial impuesta sobre los juegos de azar), Elsa no podía dejar de pensar cuánto cambiaría su vida si pudiera salir de aquel cuchitril y tener un sitio propio e independiente.

Quizá por eso se había aficionado a fantasear cómo sería vivir en la casa de los otros. Cuando iba camino del trabajo o al mercado en busca de los víveres, Elsa se entretenía en escudriñar las diferentes edificaciones a lo largo de su recorrido. Incluso había empezado a elaborar un inventario mental de las distintas viviendas, con ocupantes y todo.

Muy pronto fue capaz de reconocer si alguna fachada había cambiado de color gracias a una pintura reciente, cuáles se habían beneficiado con la más mínima reforma, o los últimos arreglos en la jardinería. Tampoco se le escapaba el deterioro de aquellas edificaciones cuyos propietarios evidentemente no podían costear su rehabilitación y hasta imaginaba la desesperación y la impotencia que de seguro los embargaba ante el indetenible desmoronamiento de las paredes y de sus propias ilusiones.

Últimamente Elsa había asistido al milagro de la resurrección. Unos dos meses atrás, a pocas cuadras del solar, reparó en varios operarios que acomodaban muebles y bultos en un camión de mudanzas. Por lo que recordaba, en aquella impresionante mansión muy venida a menos residía un matrimonio ya mayor, que seguramente se trasladaría a un apartamento mucho más modesto, a cambio de una generosa suma de dinero, calculó. Los nuevos dueños ocuparían la deteriorada casona, seguramente dispuestos a emprender la obra que pedía a gritos un inmueble que, aún bajo la mugre y los estragos del tiempo, dejaba entrever su antiguo esplendor.

Tal como había imaginado Elsa, los desconocidos debían de contar con abundantes medios económicos, pues en menos de un mes ya la casa había empezado a cambiar radicalmente de aspecto. Albañiles, carpinteros, plomeros y hasta jardineros comenzaron a resanar paredes, raspar rejas, pulir maderas y

podar arbustos. A través de las tupidas buganvillas, la mujer descubrió que en el amplio jardín, antaño descuidado y cubierto por la maleza, se levantaba una encantadora pérgola con bancos de piedras y un pequeño surtidor, del que muy pronto seguramente empezaría a brotar el agua.

La expectativa de Elsa crecía con los días. Prácticamente vivía pendiente de las obras y hasta intentaba adivinar lo que escondía el interior de la edificación, que de seguro también se transformaba y revivía con los atentos cuidados de la restauración. Imaginaba el yeso de los antiguos techos ahora libres de telarañas e imperfecciones, los suelos vueltos a pulir y las columnatas de mármol rematadas por arabescos tan del gusto de aquellos dorados años 1930 y 1940. Arrastrada por sus fantasía, se atrevió incluso a distribuir los muebles y a elegir el color de cortinas y paredes, decoró las habitaciones y calculó la amplitud de los baños, ¡especialmente los baños! con bañeras para tenderse a descansar y olvidarse del mundo.

-Elsa...¡Elsa!, muchacha estás ida. ¿Tienes algún problema? -la voz de Hortensia, su compañera de trabajo, la sacó bruscamente de su ensueño.

-No... no, es que estoy cansada. Seguro es el calor -se justificó.

-Sí, está que quema... Y hablando como los locos... ¿Ya te decidiste a alquilar el cable para ver la televisión de afuera?

Que Dios la perdonara, pero a veces no resistía a su amiga Hortensia. Con la cabeza llena de pajaritos y siempre pensando en lo último que venía de "afuera", como si ella no tuviera suficiente con lo de aquí "adentro".

-¿Pero de qué cable tú me hablas, Hortensia? ¿Tú no ves lo que yo tengo que inventar para llegar a fin de mes?

-No seas boba, chica. Te digo que ésa ha sido una de las mejores inversiones de mi vida. Yo veo telenovelas como una burra, a mi marido Tomás le encantan los shows esos donde la gente discute hasta que se entra a golpes, y mi hijo Tomasito ve los dibujos animados que le da la gana y todo el mundo es feliz como una lombriz.

-Claro, en tu familia todo el mundo hala parejo, pero en la mía...

-Hazme caso, en esta vida de mierda, además de trabajar hay que distraerse. Con unos cuantos tabaquitos más que saques de vez en cuando, enseguida tienes tu cable de televisión con programación asegurada todo el día y la noche porque la de aquí no hay quien se la fume... -y Hortensia rió de su mal chiste, e insistió.- Mira, por si te decides, el hombre que tiene el negocio del cable ahora vive muy cerca de tu casa.

-No lo creo, si en mi barrio yo conozco a todo el mundo... Espérate, no me vayas a decir que son los nuevos, los que se mudaron para la casa que ahora parece un palacio...

-Ahí mismo. El tipo se llama Ernestico, no te confundas con Ernesto, el padre. Fíjate si eso del cable da dinero que seguro dieron tremendo pastón por la casa y ahora la están dejando como nueva.

La noticia de que precisamente en aquella mansión, objeto de sus fantasías, vivía el dueño del negocio (no ya clandestino, sino requeteperseguido) de alquiler del cable que permitía el acceso a ciertos canales de la televisión de Miami, le costó a Elsa una larga noche de insomnio. "Mira que hay gente dichosa en esta vida, y otras como yo, por mucho que doblen el lomo...".

Finalmente se decidió. Total, no perdía nada en hablar con el tal Ernestico y aunque de momento el dinero ahorrado con tanto esfuerzo no le alcanzaba para hacer esa inversión, al menos tendría el pretexto perfecto y la ansiada oportunidad de traspasar las altas verjas de hierro forjado y mirar de cerca la blanca escalinata de mármol, las barandas del portal, la enorme puerta de madera labrada... siguió cavilando, hasta que casi al filo del amanecer se durmió empapada en su propio sudor.

Ese fin de semana, vestida con uno de los atuendos más "presentables" que encontró en su escaso ropero y con una emoción que a ella misma le parecía ridícula, pulsó el botón del flamante intercomunicador que recién habían colocado en una de las columnatas que flanqueaban la verja de entrada al jardín de la casona. Luego de preguntar por Ernestico y decir que venía de parte de Hortensia, "la que trabaja en la tabaquería", las puertas se abrieron como por encanto (como en las películas, pensó), para permitir la entrada a la

mujer que, casi en trance, dio el primer paso que le posibilitaría adentrarse en aquel mundo tantas veces imaginado.

Vio entonces que en el ahora bien cuidado jardín habían dispuesto coloreadas sombrillas y una enorme piscina plástica donde chapoteaban y se lanzaban una pelota dos hermosos niños, una hembra y un varón de unos 4 y 5 años respectivamente. Recostada en una tumbona bajo una de las sombrillas, una joven mujer con espejuelos oscuros y un short cortísimo, hojeaba una revista de brillantes colores. Sobre una mesita baja de madera reposaban unos vasos a juego y una jarra de fino cristal (¿con zumo de naranja tal vez?), una bandeja con frutas y un cuenco repleto de golosinas. Más atrás, un columpio con grandes cojines a rayas azules y blancas se balanceaba dulcemente a la sombra de un frondoso flamboyán, y los pajaritos cantaban...

Para Elsa fue como si el tiempo se hubiera detenido y se propuso recordar para siempre esa imagen; una visión que hasta ese instante le parecía imposible ubicar en La Habana, al menos en *su* Habana; una escena que en su imaginario identificó de inmediato con la estampa de la felicidad más absoluta. La llegada de Ernestico empañó el encanto del momento, cuando, exhibiendo su ensayada sonrisa de vendedor experimentado, la invitó a ocupar una de las frescas butacas de mimbre que la acogió suavemente entre sus brazos.

Apenas acomodada, la mujer trató de adivinar en el rostro y el comportamiento de Ernestico cualquier indicio de una inteligencia superior, algún talento oculto que justificara el privilegio de poseer todo aquello, especialmente esta precisa casa, objeto de sus deseos. Sin embargo, sólo vio a un hombre de unos 30 años, vestido de una manera que los entendidos habrían calificado como un "casual elegante", excepto por los anillos en los dedos y la gruesa cadena de oro de la que pendía una llamativa medalla de la Virgen de la Caridad del Cobre, la patrona de Cuba. El parloteo sobre las ventajas de instalar el cable y otros datos prácticos no revelaron en Ernestico ningún ser superdotado, ni siquiera simpático, si no más bien vulgar y pedante.

- El precio del servicio -le aseguró el joven-, es muy barato: un primer pago de 150 *chavitos* y luego 10 mensuales.

Elsa salió de allí como perro apaleado. Lejos de disfrutar con la visita a la casa, se había llenado de una amargura sorda que le cortaba la respiración. Durante el camino de regreso le dolieron más que nunca las aceras rotas, la basura acumulada en las esquinas, los perros callejeros, esqueléticos y sarnosos, la música estridente y la desidia general que parecía crecer como una plaga indetenible sobre toda la ciudad. Cuando llegó a su casa, se sintió peor aún a la vista de las paredes carcomidas por la humedad, los muebles viejos y escasos, las cortinas desteñidas, las flores plásticas cagadas por las moscas...

Nunca se había considerado una persona envidiosa, pero ahora que había tenido a la vista todo lo que deseaba y nunca llegaría a tener, no pudo evitar un triste pensamiento: "¿por qué ellos y no yo?". Además sabía que, aún si llegara a reunir el dinero necesario para la instalación del cable de televisión, que según le aseguraba Hortensia le proporcionaría al menos una pequeña cuota de felicidad, jamás podría reponerse totalmente de aquella visita a la mansión, donde tuvo un atisbo de esa otra vida, al parecer perfecta, pero sin dudas inalcanzable para ella y los suyos.

Por eso decidió olvidar para siempre aquella malsana obsesión. Cuando sus hijos llegaron de la escuela los abrazó con especial ansiedad. Se repitió que mientras los tuviera a ellos todo estaría bien, porque aquellos niños eran lo más importante en su vida. Se prometió abandonar definitivamente su manía inmobiliaria y decidió incluso cambiar de itinerario para apartarse de la visión de aquel lugar que le hacía tanto daño.

Con el paso del tiempo empezó a recuperarse. Intentó concentrarse únicamente en sus problemas cotidianos, la lucha del día a día y el cuidado de su familia, y comenzó a sentir como si estuviera saliendo de una resaca o de una larga convalecencia.

Un día retomó mecánicamente su antiguo camino y sin darse cuenta se encontró en las inmediaciones de la casona. Intentó dar media vuelta pero reparó en la patrulla de policía aparcada a la entrada del jardín y fue testigo involuntario del momento en que Ernestico era conducido hasta el auto por dos uniformados, mientras la joven mujer que suponía fuera su esposa, lloraba desconsolada.

Elsa asistió a la escena como hipnotizada. En un primer momento se congratuló por no haber contratado el "servicio" del cable, pues habría perdido todo su dinero. Después se compadeció de Hortensia y los vecinos del barrio, privados ahora de aquellos programas que les brindaban una felicidad falsa, pero felicidad al fin y al cabo, gracias al cable de Ernestico. Por último pensó en el joven y su familia, que de golpe y porrazo perderían todo el bienestar conseguido con el floreciente "negocio". Entonces comprendió cuánto le costaba, y hasta le dolía aceptar que los sueños (sí, también los sueños de los otros), fueran tan frágiles que en sólo segundos pudieran saltar por los aires y hacerse añicos como el más fino cristal.

Fin

